

FR. GERUNDIO.

EL DIA BISIESTO DEL AÑO BISIESTO.

Si Julio Cesar no se hubiera metido á reformador, no hubiéramos tenido años bisiestos; y si no tuviéramos años bisiestos, no lo hubiera sido el año presente: y si el presente año no fuera bisiestto, no hubiera en el presente mes un día que se llama dos veces sexto (1); que ya me parecia á

(1) Bisiesto es derivado de *bis sexto*, dos veces sexto; y llamábase así el año entre los romanos en razon á que

TOM. IX, 17

ni que no podria dar de sí cosa buena el tal dia; pues si el número sexto es ya de mal agüero, como tube el honor de demostrar en la capillada 79, ¿qué se podia esperar de un dia, que no solo era sexto una vez, sino dos para mayor abundamiento?

Tal fué el dia 24 de febrero, lunes de la presente semana, S. Modesto, dias de D. Modesto Cortazar diputado por Zamora y regente de la audiencia de Valladolid, el cual aunque en sus discursos parlamentarios diga *traendo por trayendo*, eso no le quitaria de ser buen regente y buen diputado, si quisiera serlo. Dia que los romanos destinaban á las fiestas *terminales* dedicadas al Dios *Termino* inventado por Numa Pompilio, y que en Madrid se dedicó á una fies-tecita inventada por algun Tontilio, especie de simulacro de bullanga contra la llamada representacion nacional, ó contra una parte de ella, que yo de esto no estoy bien enterado. Lo que puedo decir es que el Dios *Termino* era tenido por los romanos por un Dios de concordia y de paz, que repugnaba los sacrificios sangrientos, y en su virtud le ofrecian oblaciones de leche, frutas, tortas y otras cosas inocentes, y en la fiesta de Madrid se hizo el sacrificio cruento de un pobre que fué oficial de la milicia. Y en atencion á que la fiesta de aquel dia ni ha traído, ni podia por menos de

los dos dias que seguian al 23 de febrero los fechaban poniendo en uno y en otro *sexto kalendas martias*, de modo que venia á resultar un dia intercalar *bis sexto*, dos veces sexto.

traer mas que disgustos y males que no sabemos hasta dónde llegarán, por eso digo, Yo Fr. Gerundio, que con razon me parecia que el dia dos veces sesto del año bisiesto no podia dar cosa buena de sí, y que valiera mas que en la rueda de los tiempos no hubiera figurado semejante dia; aunque de ello se hubiera seguido todo el desorden cronológico que conocieron Julio Cesar y Gregorio XIII.

Pero pasados los primeros momentos que no puede uno menos de consagrar al sentimiento y dolor que ocasionan á toda imaginacion que no sea de corcho, y á todo corazon que no sea de bronce ó piedra, estos lamentables desórdenes y la cadena de fatales consecuencias que traer suelen consigo, bien podra mi Paternidad gerundiana, si el capitan general lo permite, seguir gerundiando en el modo y forma de costumbre, ó en la que hubiere lugar con arreglo á los estados de sitio, que bien puede estar seguro S. E. el hermano Villalobos, que nada dirá Fr. Gerundio que contra la sumision debida á las autoridades vaya; porque Fr. Gerundio tiene muy presente aquel precepto de Jesucristo que dice: *«obedite præpositis vestris, etiam discolis; obedeced á vuestras autoridades, aunque manden condenadamente.»*



LA CEROTÍPIA.

Al sexto dia de estar abiertas las córtes (y con eso ya es *tres veces sexto*), discutiéndose el acta electoral de Asturias, y despues de haber hablado en contra los hermanos S. Miguel y Caballero, y en pró los hermanos Cobc de la Torre y Pidal, Pidal que de buena gana se tragaria la oposicion cruda; y que semejante á los últimos toros que se han corrido en la Habana, se come la gente (1), fue cuando se oyeron voces y gritos tumultuosos fuera del salon del Congreso. La galería pública despejó voluntariamente, y aquella gritería y este despejo espontáneo empezó á llenar de una muy fundada medrana á los diputados presuntos, porque la cosa no era en verdad para tomada á broma.

El venerable Florez Estrada, este abuelo de la patria que sentado en la silla de la presidencia parece un S. Juan Damasceno, y á quien sin duda por algun pecadillo trasconejado de su larga carrera política ha querido la divina justicia en el último tercio de su vida permutarle algunos dias que le faltasen de purgatorio por otros tantos de presidencia interina de esta borrascosa asamblea, cono-

(1) Gran corrida de muerte. Beneficio de Manuel Diaz Lavi=Cinco toros que *comen gente*, y embisten á su sombra: son corpulentos; de *chifles* aguzados; van á las caballerías con furor y vuelven á la carga (Diario de la Habana del 6 de diciembre último).

ciendo que su paisano Pidal, que mas parece diputado por Numidia que por Oviedo, habia tocado en su discurso su tecla favorita de los recuerdos odiosos, y que el sonido de esta cuerda habia escitado violentas vibraciones en el irritable clavicordio del corazon del Sr. Lopez, el O'Connell de la provincia de Alicante; tan luego como este principi6 su declamacion, diciendo que se estaba en el caso de quitarse la máscara, y hablar con claridad, sacudió un campanillazo, y levantando la sesion, dejó al hermano Lopez con la claridad en la boca. A la verdad que el presidente obró con mucha prudencia, porque la tarde no estaba para claridades por dentro cuando tan turbia andaba la cosa por fuera.

Pero como siguiesen oyéndose las voces de los locos de afuera, se apoderó un pavor muy racional de todos los diputados, y pidieron muchos de ellos que volviera á abrirse la sesion. Allí era el ver el miedo que hacía, y la diferencia de lenguajes que cada quisque empleaba segun el grado que señalaba el barometro de su cerotípia, y estoy seguro que el de alguno no señalaba menos del 52 bajo cero, que es al que ha llegado el frio este año en las heladas soledades del río Emba, allá por donde anda ahora la expedicion rusa que al mando del general Berowsky ha enviado el autócrata contra el Khan de Khiva.

El ministro de la Gobernacion fué el primero que haciendo tripas corazon excitó á permanecer to-

dos firmes en sus puestos, para que viera la nacion entera que los diputados sabian desafiar á los asesinos. El secretario Roca Togores quiso volver por el honor de la juventud, diciendo; «no seré yo quien permita que se atribuya á los jóvenes la poquedad de ánimo que ha dicho el Sr. Olózaga.» Pero el joven debió perder á las pocas palabras la grandeza de ánimo, ello es que no sabia por donde andaba. «Que se cierre desde esta noche, decia unas veces, la tribuna pública y todas las tribunas, que nosotros tenemos bastante con la de taquígrafos; que se cierre esa sentina de asesinos y difamadores.» Y luego decia: «pido que se reduzca la tribuna á una tercera parte. Y pido que se autorice á la mesa, escepto á mí, pues en mi lugar debe ponerse uno de la minoría para tomar las medidas que sean convenientes.» Y mandábale el presidente hacer una pregunta, y en lugar de la pregunta que se le mandaba hacer hacía otra. Esto no es decir que el joven secretario mostrara poquedad de ánimo, pero sí que debia estar un poco turbadillo del *metus*.

Habló en seguida mi amigo el hermano Toreno..... ¿qué, señores? ¿A qué vienen esos aspavientos y esas cruces? ¿No es mi amigo el conde un diputado presunto para poder hablar como uno de tantos? Médie lo que quiera, y diga de él lo que le parezca la opinion pública, ¿no está hoy dia sentado en los escaños como el diputado mas puro? Pues bien; quiere decir que tambien puede

hablar como cada hijo de vecino. Habló pues preguntando ante todo: ¿Señores, estamos seguros? Deseo saber si lo estamos, y qué medidas ha tomado el gobierno.» A que le contestó el ministro de Gracia y Justicia que acababa de entrar: «El gobierno tiene tomadas todas las medidas necesarias, y en punto á seguridad crea el Sr. conde que en este momento hay toda la que se necesita.— «Pues no está mala la seguridad, dijo el conde, y estoy oyendo desde aqui las voces de *afuera*, *afuera*. Esto debió haberlo previsto y prevenido el gobierno; y gobierno que no sabe prevenir, en buena lógica no sabe gobernar.» Y regaló el conde al gobierno tantas flores por este estilo, que pienso quiso ponerle tan florido y tan de oro y azul como pone el salon de su casa para los suntuosos bailes que está dando cada domingo y cada fiesta de guardar á fin de que vea el pueblo cómo le rebosa *el humor*.

El hermano Olózaga dijo en verdad una gracia con la cual no dejaria de darse cualquiera por tranquilo y satisfecho. «Que reduzca el gobierno, decia, la fuerza que está aqui delante, si lo permite el estado del motin, y yo saldré, y contestaré si el Congreso puede contar con la seguridad competente.» Yo creí que iba á decir: saldré y me atrevo á deshacer el motin yo solo á puñetazos.» Egaña decia que las respuestas de los ministros no le satisfacian; y que se tomára inmediatamente conocimiento de la altura á que se ha-

llaba el tumulto.—Cualquier señor diputado, contestó el hermano Arrazola, puede salir y cerciorarse por sí mismo de las disposiciones que están tomadas: á la puerta están todas las autoridades; el capitan general, el gobernador, el gefe político.....—Sí, exclamó D. Simon Roda diputado malagueño; *pero entre tanto yo no oigo ningun cañonazo que haga retumbar este salon.*

A la voz cañonazo proferida por una boca de un D. Simon, el rostro de la nacion se puso pálido, y las piernas de la patria temblaron y se estremecieron; porque pálidos se pusieron sus representantes, y aunque la patria no tiene piernas, las tienen sus padres, y estas fueron las que temblaron. En esto entró el hermano Barrio Ayuso, con el semblante tan blanco como sus cabellos, diciendo: *«tristis est anima mea usque ad mortem: triste cosa es, señores, que dure un motin una hora entera á las puertas del Congreso, y que ahora mismo se estén oyendo los gritos de los revoltosos. Yo mismo lo he visto, señores: yo he visto los amotinados. ¿Para cuándo son las armas? ¿Para cuándo son las cargas de caballería? ¿Qué hacen las autoridades? Yo seré el primero á morir en mi puesto si es preciso; pero tengo derecho á que cuando llegue á morir sea cuando ya no haya autoridades que contengan á los amotinados.»*

En esto tenia razon que le sobraba el hermano Barrio Ayuso; pero el ministro de Gracia y Justicia se contentaba con repetir que el gobierno te-

nia tomadas medidas. Los diputados decian con razon que de poco servia tener medidas tomadas si entre tanto les ajustaban á ellos la golilla sin tomar la medida. «Yo señores, decia el hermano Madoz, dejaría de ser ministro si no pudiese responder de estar el órden restablecido en una hora.» Pero el ministro de Gracia y Justicia aseguraba de nuevo haberse dado las órdenes oportunas para el restablecimiento de la tranquilidad.

A todo esto el Gefe Político se hallaba agazapado en el salon de columnas, no atreviéndose á salir mientras no se le diese fuerza. A lo cual decia el Sr. Quinto: «Una autoridad que no se atreve á salir del Congreso sin fuerza no merece serlo: la autoridad debe dejarse arrastrar si es menester:» Sí sí, decia otro diputado; las autoridades deben perecer defendiendo el órden.» Los que asi se esplicaban estaban tan cargados de *metonimia* como el que mas: pero cosas son estas tan fáciles de decir como difíciles de ejecutar. Si *Quinto y el otro* hubieran sido autoridades, puede que se les hubiera encontrado metidos en los cañones de las estufas.

En fin á propuesta de los hermanos Olózaga y Salamanca quedó el Congreso en sesion secreta, y lo que en ella pasára después no nos es dado á los profanos saberlo. Unicamente sé que habiendo reconocido los porteros la alfombra del salon, la han hallado tan húmeda en varios puntos, que dado que á estas horas se pueda haber en-

jugado y que se hallaron en el salon cuatro ó cinco gabanes que los padres de la patria se habian dejado olvidados. No lo extraño, porque de estos efectos suele surtir el miedo, y el miedo de aquel dia le hallo, yo Fr. Gerundio, bastante fundado en la recta razon. Y si á mi Paternidad le preguntasen con quien hubiera votado en la discusion de aquella tarde, diría sin vacilar que con Toreno, Barrio Ayuso y Madoz, y que hubiera dado con ellos un voto de censura al gobierno; pues en casos como aquel no basta decir; «están tomadas las medidas; están dadas las órdenes oportunas.» Un motin como el del lunes promovido por grupos, que por insultantes y reacios que estubiesen, al cabo, segun dicen todos, estaban enteramente desarmados, y hallándose allí todas las autoridades militares y el mismo gobierno con sobrada fuerza armada de infantería y caballería, por lego que uno sea en materia de motines, no puede menos de conocer que no debió durar horas enteras. Y es que si los diputados tenian miedo, pienso que las autoridades tenian una *certipia* que dudo llegáran á casa limpios..... de polvo y paja.

LA CORRIDA DE TIRABEQUE.

Cuando yo salí ya estaba despejada la plazuela; y cuando llegué á casa encontré á Tirabeque todo

demudado, y que apenas acertaba á hablar: «¿y señor mi amo! me dijo abalanzándose á mis brazos: ¿viene vd. vivo?—No, le respondí; vengo muerto. ¿Y tú, cómo estás? Hoy tambien te palpitará el corazon: ¿no te hace *tipi-tipi-tá*, como ayer?—Ah, no señor; hoy me hace así por el estilo de un bombo, bóm-bóm-bóm-bóm; y gracias á este pañuelo que me he ceñido al cuerpo, que sinó pienso que se me hubiera salido ya por el vientre.—El corazon no está en el vientre, hombre, sino en el pecho.—Señor, en el pecho me ha parecido que le tenia otros dias, pero hoy debe haberme crecido mucho, porque no me cabia en el pecho, y le he sentido andar asi como prófugo por el estómago y por el vientre, y aun pienso que hace un rato debia traerle en las piernas, porque sinó no hubiera podido correr tanto.—¿Con que has corrido tambien? Pues qué, ¿te has encontrado acaso en la gresca?—Le diré á vd., señor.

Yo salí á buscarle á vd. á la tribuna para avisarle que era bora de comer, porque vd. en metiéndose allí no se acuerda de comer ni de nada. Pero al llegar á las cuatro calles, ví la carrera de S. Gerónimo toda llena de gente. Anduve un poco á ver si me tropezaba con vd..... cuando en esto que veo venir corriendo de hácia las córtes un diluvio de gente, y detrás unos lanceros. Echo yo tambien á correr.....—Pero hombre, tu no podrias correr tanto como los demas por causa de la cojera.—Calle vd., señor, si parecia que las cinco

suelas del zapato se habian convertido de repente en cinco alas, como las que le pintan en los talones al Dios Baco.—A Mercurio es á quien le pintan con alas en los pies, hombre, que es el mensagero de los dioses, que no á Baco.—Sea quien quiera, señor; lo cierto es que en dias asi de alarma las suelas de los zapatos deben convertírseme en plumas, ó á lo menos yo no echo de ver que estoy cojo. Muchos gritaban, «no correr, no correr;» pero yo decia, «que tome quien quiera el consejo, que yo lo que siento es no poder volar.»

Asi llegué á la calle del Lobo, y en el primer portal que encontré abierto, alli me metí, y alli se refugiaron tambien otros muchos. Señor, ¡y qué guardilla tan alta tiene aquella casa! Yo creo que debe ser casa lo menos de ocho ó nueve pisos, porque nunca acababa de llegar á ella.—Pero hombre, ¿hasta la boardilla subiste?—Si señor: los que tenían mas miedo se quedaron en el portal, pero yo como no le tenia, me subí hasta la guardilla. Yo decia: «aqui la infanteria podrá subir, pero á la caballería su trabajo le ha de costar.» Y sepa vd. señor, que no fue mala fortuna encontrar un portal abierto, porque aqui en Madrid hay la pícara costumbre en casos asi de rebullicio de cerrar al instante todas las puertas de las casas, de modo que el pobre que se vea metido entre el tropel sin pensarlo, como me sucedió á mi, y sucedió á muchas mugeres y niños, no encuentra donde guarecerse, y no tiene otro remedio que esponerse

por lo menos á ser atropellado, cuando no le toque algun lanzazo de la tropa, asi por via de broma. Que tengo para mi, señor, que por bando de buen gobierno debia prohibirse en estos casos cerrar las puertas de las casas, y soplar una buena multa al que cerrára la de la suya, y con eso se evitarian mas de cuatro desgracias, y no que sucede que el pecador que corre mucho es el que libra bien, y el justo que no corre es el que paga.

Asi es la verdad, Pelegrin. Y dime.....—Señor, déjeme vd. respirar un poco, que me falta el aliento.—¿No has bebido un vaso de agua?—No señor, un vaso no, pero he bebido unas cuatro ó cinco jarras de ella.

Vamos, que ya me parece que respiras con mas desahogo. Y despues ¿qué hiciste?—Cuando me pareció que habria pasado ya el peligro, bajé; tomé el camino de casa por la calle de la Visitación y la del Príncipe, y al volver la esquina de la plazuela de Sta. Ana..... señor, si me hubieran sangrado entonces, creo que no hubiera salido una gota de todo mi cuerpo: me encuentro de manos á boca con un infeliz que llevaban muerto sobre unas angarillas.....—Ah, sí; el desgraciado nacional de la cuarta de cazadores, que murió alanceado cerca del sitio donde tu corriste, y algun minuto despues.—Señor, mire vd. si hice yo bien en correr; bien digo yo que en estos casos bienaventurado el que lleva el corazon en las piernas.

Y dígame vd., señor: ¿cuánta jente ha muerto?

—No ha habido mas víctima que esa, Pelegrin. Pero es bastante para llenar de amargura á todo corazon sensible.—Si señor que lo es. Pero vd. verá como en esto se queda y nada mas. Y vd. verá tambien como ni el gobierno castiga á los verdaderos alborotadores, ni se averigua nunca si esta muerte se pudo evitar ó nó, y el muerto muerto se quedará y laus Deo.—Cuidado con lo que hablas, Pelegrin, que ya el capitan general ha declarado la plaza en estado de sitio.—Déjelo vd., señor, que aqui nadie nos oye. Y tenga vd. entendido, mi amo, que la culpa de esto bien sé yo donde está.—Cuidado, Pelegrin, no te se vaya la lengua, que estamos, repito, en estado de sitio.—Corriente, señor; ¿pero ve vd. la lengua? Pues aqui la guardo para euando el estado de sitio se levante.

SUSPENSION Y CALMA.

Una vez que Tirábeque se empeña en tener la lengua metida en la boca mientras no se levante el estado de sitio, tendrá mi paternidad gerundiana que continuar la relacion de los sucesos.

Aquella noche la tropa la pasó patrullando; los extraordinarios del gobierno andando; el ayunta-

caminos á sacar á los ministros que ~~estaban~~ ^{estaban}, del peligro en que se encontraban, y á restituir la tranquilidad á un pueblo que se levantaba de dormir. Los presidentes de los cuerpos colegisladores acordaron suspender las sesiones de una y otra asamblea durante las circunstancias, y lo que duren, ó lo que se quiera que duren las circunstancias es el solo tiempo que dejará de oirse en el salon de córtes el tirotéo de odiosas personalidades.

pondra el gobierno, y sera muy comedido si no
nos pone mas.

Editor Responsable Francisco de S. Fuentes.

IMPRENTA DE MELLADO.